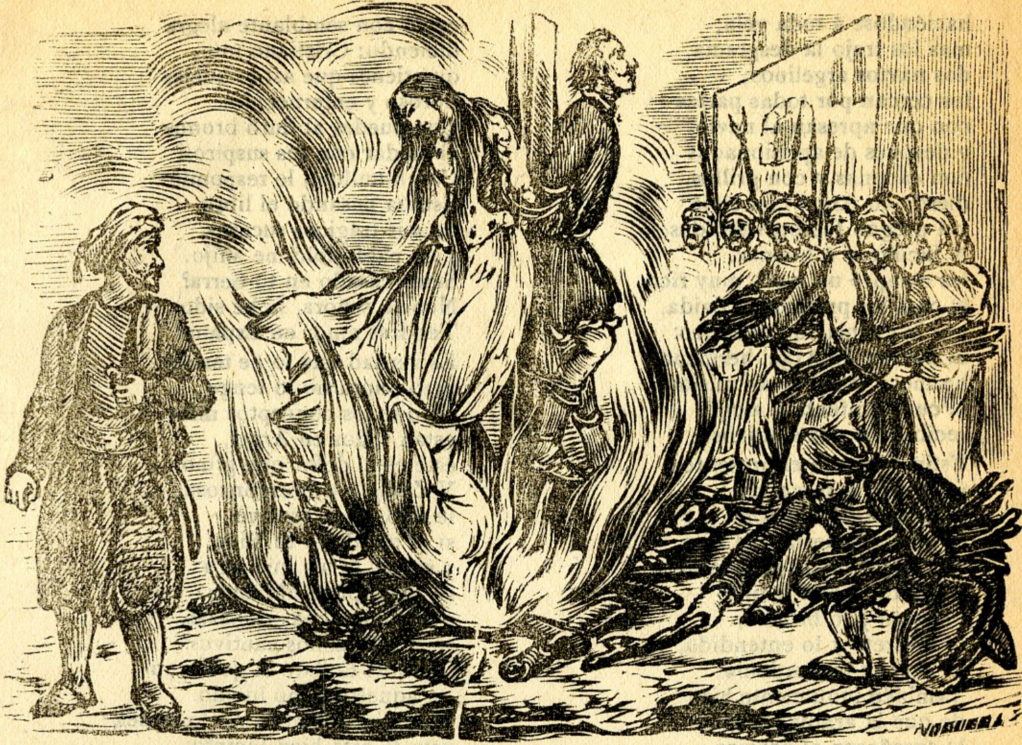

D. JACINTO DEL CASTILLO

Y DOÑA LEONOR DE LA ROSA

Relación de la horrorosa muerte que sufrieron estos dos fieles amantes en Argelia, por ser firmes en sus promesas de amor y en la fé de Jesucristo.

SEGUNDA PARTE

Ya dije en la primera parte,
como van por el camino
don Jacinto con Leonor,
ambos del amor rendidos.
Apenas el claro día,
daba luz á los nacidos,
del camino se apartaron,
y entre unos ásperos riscos,
en una espesa montaña
se quedaron escondidos.
Pidió Leonor, que en merced,
le conceda D. Jacinto
guardase la castidad,
hasta que el cielo divino
les eche su bendición,
esto, Señor, os suplico;
porque quiero que me goces
no galán sino marido.
Y como hombre discreto:
accedió á tal demanda
(que los generosos pechos
saben vencerse á sí mismos).
Llegó la noche, y caminan,
y de la suerte que digo
llegaron hasta Bayona
que es puerto de mar muy rico,
á tiempo que un mercader
salía con su navío
á la ciudad de Venecia,
con que ajustó don Jacinto
el viaje y se embarcaron
con contento y regocijo

haciéndose á toda vela;
mas los trajo la desgracia,
dos navíos argelinos;
los cercan por todas partes
con que apresan al navío,
y después de aprisionados
con cadenas y con grillos,
dieron en Argel con ellos
y á pregón fueron vendidos.
A Jacinto y á Leonor.
les compró un turco muy rico,
el cual los presentó á Zaida,
por la estimación que hizo:
es del rey de Argel hermana,
hermosa como el sol mismo,
la cual contenta y alegre
recibió los dos cautivos.
Estimo mucho el presente,
y así que la turca vió
la belleza de Leonor,
lo bien dispuesta y el brío,
la hizo dama de su estrado;
y viendo á don Jacinto
lo galán y lo bizarro,
lo discreto y lo entendido,
lo hizo su mayordomo.
También juntamente hizo
de que la arábiga lengua
le enseñasen al proviso.
Tan buena cuenta le daba
cuidadoso y discursivo,
que ya Zaida se abrasaba
en amores del cautivo.
Se quejaba una mañana
á sus solas don Jacinto,
pensando nadie le oía
aquestas palabras dijo:
Sacratísima María,
á vuestro divino auxilio
apela un desconsolado,
pues socorreis afligidos,
consolad mi corazón
Madre del Verbo Divino,
ten de mí misericordia,
y si á tu santo servicio
conviene el que yo padezca,
padezca que es gusto mío;
lluevan sobre mi trabajos,
y los más fuertes martirios
que ha inventado la heregía,
pues lo tengo merecido.
Zaida que escuchando estaba
los lamentos de Jacinto,
entró con semblante alegre
diciendo: Cristiano mío,
qué tienes que así te quejas
lloroso y enternecido:
Qué puedes al duro bronce
ablandar con tus suspiros?
Con humildad le responde:
Estaba pasando el libro
de mis trágicos sucesos,
y en pasándolo me aflijo.
Serás casado en tu tierra?
Nunca, señora, lo he sido.
Tendrás amor en España?
Es verdad que lo he tenido,
pero ahora no lo tengo,
porque los conceptos míos
están todos en Argel,
este es el dolor que gimo.
Y Zaida muy vergonzosa,
le dijo, mira cautivo,
si tú olvidas á tu Dios,
y sigues la ley que sigo
de mi profeta Mahoma,
gozarás muchas riquezas,
te daré muchos cautivos:
también te daré el gobierno
de aqueste reino lucido.
Esto has de hacer, no lo dudes,
esto te está bien Jacinto;
el cual respondió muy triste,
formando un tierno suspiro.
¿Cómo quieres que yo olvide
á un Dios de gracia infinita?
A un Dios que por su bondad,
quiso con su amor divino
redimirme con su sangre,
por librarme del abismo?
Cómo puedo ser ingrato
á quien tanto bien me hizo?
Calla, infame, no prosigas,
que á no hacer lo que te digo,
con la vida pagarás
la cólera que reprimo.
Deja cristiano tu ley,
véncete á lo que te digo,
que el que sigue á mi Mahoma
goza bienes infinitos;
si no lo quieres creer
tendrás el mayor castigo,
que se haya visto en Argel,
y replicó don Jacinto:
No dejaré yo mi ley,
que eso fuera un barbarismo,
aunque mil vidas tuviera
que rendir en sacrificio,
la ley de Dios resplandezca,
que Mahoma es un maldito:
síguele, que irá tu alma
á los profundos abismos.
Con esto Zaida indignada
salió afuera dando gritos:
ah de mis soldados, hola:
ah de mi guardia y ministros
venid, prended al instante
á este cristiano atrevido,
que quiso soberbio y loco
violentar el honor mio:
tome mi hermano venganza
de aqueste infame cautivo,
que no es razón que se quede
esta maldad sin castigo.
A las voces acudieron,
y prenden á don Jacinto,
y sin hacer mas probanza
que lo que la turca dijo
lo sentencian á quemar
por blasfemo y por lascivo.
Dejemos en la prisión
entre cadenas y grillos
á don Jacinto y pasemos,
á la dama que es preciso,
porque en este mismo tiempo
estaba el moro encendido,
en amores de Leonor,
y que estaba tan perdido,
trazando por mil maneras
el rendirle á su apetito.
Persuadióla muchas veces,
mostrándosele amante fino:
pero la discreta dama
nunca dió á su amor oído.
Un día la cogió á solas,
que la desgracia lo quiso;
encerróla en su retrete,
y estas palabras le dijo:
Hermosísima Leonor,
rémora de mis sentidos,
asi desprecias á un rey,
señor de tal poderío?
Reniega de Dios, reniega,
que haciendo lo que te digo
tendrás reinos y vasallos,
joyas, diamantes, zafiros,
pues siendo tu amante un rey,
todo estará á tu servicio,
y pues te tengo en paraje,
que por imposible miro
de mí te puedas librar,
he de hacer el gusto mío,
sin que las fuerzas te valgan
ni te aprovechen los gritos,
esto ha de ser de por fuerza,
si no quieres por cariño;
y advierte que soy rey,
en mis gustos tan altivo,
que á no hacer lo que te mando,
seré tu fiero enemigo.
Qué me respondes, Leonor?
Y ella suspirando dijo:
Eso es cansaros en vano,
y lo tengo á desvarío
el pedirme que reniegue
del Señor que el mundo hizo:
en cuanto á querer gozarme,
esto señor, bien lo afirmo,
que ha de ser bien imposible
el recabarlo conmigo.
Confieso de que eres rey,
y como rey y señor mío
la vida podrás quitarme,
pero no el honor que estimo.
Viendo el moro de Leonor
su dureza con esquivo,
fué á asirla para forzarla;
y ella viendo su peligro,
sacó al moro de la cinta
el alfanje damasquino;
prosigue el moro su intento,
y ella resuelta le ha dicho:
así defiendo mi honor
aun de los reyes lascivos;
y con un fiero revés
le dejó un brazo en un hilo.
Viéndola el moro resuelta,
y viéndose mal herido,
comenzó á llamar á voces
á su guardia, y luego vino:
A esta homicida cristiana
prendedla, soldados míos;
y haced que rinda la vida
entre crueles martirios;
pues su intento es el matarme
con el mismo alfanje mío,
como en la mano lo tiene,
le comprueba del delito.
Ven al rey que está mortal,
y con su sangre teñido:
prendiéronla, y la llevaron
adonde está don Jacinto.

De que se vieron los dos,
ambos lloran hilo á hilo;
Jacinto siente á Leonor
y Leonor llora á Jacinto.
Le dice: esposo del alma,
ya se cumple el gusto mío:
ya estoy condenada á muerte,
pues voy á morir contigo
y esto por guardar mi honor
del rey que gozarme quiso,
y porque no renegué
de la ley de Jesucristo.
Esta es la postrera vez,
que hemos de hablar, dueño mio,
ya no nos veremos más,
pues nos espera el suplicio,
ya la muerte nos aparta,
pues la suerte no ha querido
que nos logremos casados;
y llorando se han pedido
el uno al otro perdón,
y se perdonaron finos,
y abrazados tiernamente
se dicen enternecidos:
Ten ánimo, esposo mío:
ten valor tú, dueño mío,
que para Dios todo es nada,
ya es nuestro intento cumplido
sirva este abrazo de yugo,
los suspiros de padrinos,
sea nuestro amor las aras,
nuestra firmeza el anillo,
nuestras congojas la mano,
las lágrimas, los testigos,
el tálamo nuestras penas,
la bendición los martirios,
pues con martirios se curan
yerros que hemos cometido.
Y á la siguiente mañana
los infernales ministros
sacan á estos dos amantes
de donde estaban metidos,
para cumplir la sentencia
en derecho á sus delitos,
y ejecutan con Leonor
el más enorme castigo
que las plumas escribieron,
ni los cristianos han oído.
Encima de un carromato
traían apercibidos
con dos palos hecho un aspa
y luego entre cuatro ó cinco
á Leonor la desnudaron,
deshonestos y atrevidos
hasta que en carnes la dejan,
enseñándola al gentío.
Cuatro braseros de lumbre
llevan en el circuito,
y con infernales ministros,
de sus delicadas carnes
le van tirando pellizcos.
Decía la triste dama,
con dolor tan escesivo:
Ay! sea por la Pasión
que padeció Jesucristo.
Y dijo: Dios Señor mío,
inmenso Rey de la Gloria,
este afrentoso martirio,
esta vida, estos tormentos,
os ofrezco en sacrificio
en recompensa Señor,
de mis culpas y delitos.
De esta manera llevaba
por delante á don Jacinto,
y de este modo llegaron,
al incendio prevenido,
de todos apedreados
desde el más viejo al más niño.
Llegaron ensangrentados
y luego los homicidas,
los juntan por las espaldas,
muy fuertemente ceñidos,
y al incendio los arrojan,
y entrambos arrepentidos
entre las llamas diciendo:
Inmenso Dios infinito,
misericordia, Señor,
clemencia y perdón pedimos,
en vuestras manos mi Dios,
nuestras almas remitimos,
y de esta suerte acabaron
los dos amantes más finos.
Una voz se oyó en el aire
que con claras voces dijo:
subid, mártires, subid,
á gozar del Cielo Empíreo.
Tomen ejemplo los padres
que violentan á los hijos
para que tomen estado,
de algún interés movidos,
para que tengan con esto
esta historia fin cumplido.

FIN

Imps. Hospital, 19 «El Abanico»